

Intervención de Javier Zarzalejos en la clausura del Campus FAES 2026

MADRID, 25 SEPTIEMBRE 2026

La semana pasada, en el Parlamento Europeo, además de una importante resolución sobre Ceuta, tuvo lugar una gran intervención del primer ministro de Canadá, Mark Carney.

El día anterior, en su discurso sobre el estado de la Unión, la presidenta de la Comisión, Úrsula von der Layen, había propuesto un estatus de asociación para Canadá, una propuesta, muy bien recibida, por cierto.

Muchos de ustedes habrán visto esa imagen en la que la presidenta del grupo de Los Verdes, la eurodiputada alemana Terry Reintke, posa sonriente junto a Carney, vestida para la ocasión con un llamativo jersey de la selección canadiense de hockey sobre hielo.

Poco después, los Verdes, los socialistas y la extrema izquierda se despellejaban las manos aplaudiendo a Carney.

Desde luego, no aplaudían porque Carney represente hoy ese necesario atlantismo comprometido, razonable y realista anclado en valores democráticos compartidos, sino por lo que quieren convertir en el símbolo anti-Trump.

Como, a pesar de las leyes que quieren dictarla, la memoria es frágil, resulta que esos que aplaudían a rabiar y aclamaban a Carney, esos que consideraban una gran idea hacer de Canadá un estado asociado de la

Unión, en su día votaron en contra del acuerdo global comercial y económico entre Canadá y la UE, conocido como CETA.

Que esos aplaudidores de ocasión se opusieron agresivamente a un acuerdo que está resultando extraordinariamente beneficioso para ambas partes por estar basado en el libre comercio para construir un área de prosperidad compartida.

Que los socialistas españoles cuando el acuerdo fue sometido al Congreso de los Diputados en junio de 2017, no tuvieron mejor idea que abstenerse.

Y que aún hoy, nueve años después, el CETA sigue aplicándose de manera provisional porque 10 estados miembros aun no lo han ratificado.

Los aplausos de la izquierda y los verdes no pueden ocultar que sus posiciones de fondo no han variado.

Oportunismo, fijaciones ideológicas, dogmatismo y ese ruido de fondo permanente que tiñe sus posiciones de hostilidad a los valores occidentales y al ejercicio real de la libertad.

En España, la política exterior -siendo generosos en calificarla así- desplegada por el gobierno socialista en estos casi ocho años es una buena prueba de un fracaso sistémico.

Lo único que ha importado ha sido construir una imagen que agradara a la izquierda a costa de la defensa de los intereses nacionales. Una política exterior que ha exportado la doble moral de quien quiere aparecer como la personalidad virtuosa hacia fuera mientras en España la corrupción anega la gestión de gobierno y al partido que los apoya, el Partido Socialista.

La política hacia Marruecos yace muerta en la playa de El Trampolín;

la política europea roza el ridículo después del asombro cuando el ministro de Asuntos Exteriores proclama que la prioridad de España en Bruselas es la cooficialidad -que en ningún caso sería tal- de las lenguas autonómicas.

Hemos pasado del “querida Georgia” a convocar al embajador de Italia como única y grotesca respuesta diplomática visible después de la invasión de Ceuta.

La política transatlántica simplemente no existe porque se ha buscado el postureo y la confrontación sistemática con Estados Unidos para consumo interno,

y en Iberoamérica el contorno de la política exterior viene definido por la afinidad ideológica de los gobiernos del otro lado del atlántico con esa forma

terminal de la izquierda que es el sanchismo. Todo lo que cae fuera de ese perímetro, que es cada vez más pequeño, no existe.

En Oriente Medio, están ya muy lejos esos tiempos en los que un presidente del Gobierno de España -que esta por aquí- se reunía con el primer ministro de Israel el lunes y el martes se entrevistaba con el presidente de la Autoridad Palestina en Gaza.

Hoy, la política hacia esa región la hacen ministros que declaran públicamente que la masacre del 7 de octubre fue un acto legítimo de resistencia y corean “desde la montaña hasta el mar” para que quede claro el sentimiento rigurosamente genocida de los que sueñan con la erradicación de Israel.

Una política exterior, otra más- al servicio de los propósitos divisivos del Gobierno cuyas acciones van desde la irresponsabilidad peligrosa hasta la frivolidad de guardarropía, como el jersey de la eurodiputada verde.

Por eso, todos los que participamos de un proyecto de cambio para España, los que ambicionamos el éxito de nuestro país y su continuidad proyectada hacia el futuro. Nos tenemos que poner manos a la obra.

FAES lo ha hecho. En realidad, no ha hecho otra cosa a lo largo de sus casi 50 años de existencia. Y este Campus lo ratifica.

Nuestro país, la sociedad española afronta un enorme esfuerzo de reconstrucción.

El tinglado de la nueva farsa -con el permiso de don Jacinto Benavente- se cae por el peso de la corrupción, la incompetencia y el caudillismo en que ha degenerado un partido que podrá decir por poco tiempo que es de Gobierno, pero ciertamente no de Estado.

Y poniendo manos a la obra, este año hemos querido dedicar una reflexión especial a Iberoamérica. En toda su pluralidad que, sin embargo, no desmiente una raíz común y una experiencia compartida.

Una realidad tensionada por la presencia ganada por China, la reactivación de la doctrina Monroe por la actual administración de los Estados Unidos, la confrontación ideológica y la búsqueda permanente de una institucionalidad firme garante del estado de derecho.

Europa tiene que ser un actor esencial en Iberoamérica, pero no lo podrá ser si España no es capaz de cumplir con su papel histórico en esa relación.

Con sus encuentros y desencuentros de los que han hablado dos grandes sabios como Jon Juaristi y Jordi Canal, Iberoamérica no es solo un pasado.

Es elemento central de nuestra proyección de futuro y me atrevería a decir que un componente distintivo de la continuidad histórica de España. España tiene que recuperar y fortalecer su papel de liderazgo político alejado de pretensiones banales de tutelas o paternalismos,

Un papel que aporte el conocimiento sobre el terreno, que construya sobre los vínculos culturales, emocionales, humanos y económicos.

Que sea un aliado eficaz de los intereses legítimos de una región que acumula recursos esenciales, sí, pero también afinidades con Europa como ninguna otra región del mundo.

Lo que planteamos es una estrategia global de recuperación de la presencia española europea, no solo comercial sino política, de visibilidad, de cercanía entre pueblos y sociedades.

En suma, una determinación común a que, en estos tiempos de proteccionismo y blindajes nacionales, aunque tengamos que ir contracorriente enviemos el mensaje claro de que queremos una Europa abierta a Iberoamérica y una Iberoamérica abierta a Europa en la que España esté presente en ambos lados de esta ecuación.

Señoras y señores, queridos amigos:

Al clausurar un año más este Campus -que como avanzó el presidente Aznar- será el último que celebremos bajo un Gobierno socialista, quisiera atreverme a comprometer al presidente nacional del Partido Popular Alberto Núñez Feijoo a clausurar el del 2007. Lo digo desde ahora, con tiempo, porque sé bien que la agenda del presidente del Gobierno, sobre todo si trabaja, está muy apretada. Aquí estaremos para celebrarlo.

Gracias a todos los que hacen posible este Campus con mucha mas profesionalidad y dedicación que recursos.

Como director de la Fundación doy fe de su gran trabajo.

Un agradecimiento especial a mis compañeros de la delegación española del Partido Popular Europeo por el apoyo que viene prestando a esta iniciativa y con los que es un honor trabajar sabiendo que Europa es una clave fundamental de nuestro presente y nuestro futuro.

Y a todos ustedes por su presencia. A todos ustedes a quienes también me permito emplazar para el año próximo en el próximo Campus FAES.